

James Iffland

USOS Y ABUSOS
ENSAYOS SOBRE EL
DESTINO SOCIAL
DEL *QUIJOTE*

Editorial Universidad de Alcalá
Instituto Universitario de Investigación “Miguel de Cervantes”

2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© James Iffland

© Editorial Universidad de Alcalá, 2023

Instituto Universitario de Investigación “Miguel de Cervantes”

Colegio de Málaga, Calle Colegios, 2 • 28801, Alcalá de Henares (España).

Imagen de cubierta:

Don Quixote de la Mancha. Madrid: Antonio Sanz, 1735, p. 357.

I.S.B.N.: 978-84-19745-29-3

e-I.S.B.N.: 978-84-19745-83-5

Depósito Legal: M-35534-2023

Impresión: Innovación y Cualificación, S. L. - Podiprint

A la memoria de J. Richard Andrews (1924-2014),
quien me enseñó a leer y quien me abrió, a los veinte
años, la puerta del maravilloso laberinto del *Quijote*.

ÍNDICE

PROEMIO	11
AGRADECIMIENTOS.....	35
NOTA ACLARATORIA.....	37
CAPÍTULO I. Sobre el destino social de <i>Don Quijote</i> : literatura e interpelación ideológica	41
CAPÍTULO II. Ver para creer: la retórica de la ilustración gráfica en la historia de <i>Don Quijote</i> ...	89
CAPÍTULO III. “La gran aventura”: Don Quijote, León Felipe, Che Guevara.....	153
CAPÍTULO IV. Don Quijote y el intelectual disidente: algunas reflexiones sobre <i>Don Durito de la Lacandona</i> del Subcomandante Marcos	173
CAPÍTULO V. De clásico a Biblia, y de Biblia a marca registrada: el largo viaje de <i>Don Quijote</i>	195
CAPÍTULO VI. A otro perro con esos huesos: reflexiones sobre el cervantismo osteológico	239
CAPÍTULO VII. Donde el lugar de la Mancha no está: reflexiones sobre la interdisciplinariedad como diálogo de sordos	253
CAPÍTULO VIII. “In un placete de La Mancha of which nombre no quiero remembrearne”: Anatomía sociopolítica de una causa célebre cervantina.....	293

CAPÍTULO IX.	
El cervantismo como praxis social en la era Neo-Post: ¿nos estamos engañando?	317
CAPÍTULO X	
Exorcizando la “prosa satánica” de Cervantes (con una apostilla sobre el delirio hermenéutico)	331
CAPÍTULO XI.	
<i>Ladrones de tinta</i> : el misterio de Avellaneda como <i>whodunit</i>	343
CAPÍTULO XII.	
¿Don Quijote para <i>dummies</i> ? Reflexiones sobre las adaptaciones de Arturo Pérez-Reverte y de Andrés Trapiello	369
CAPÍTULO XIII.	
Don Quijote y Sancho a dieta: apostillas críticas sobre el arte, o malas artes, de abreviar	393
CAPÍTULO XIV.	
Anatomía de un apodo: el “Manco de Lepanto” ante los estudios sobre la discapacidad	427

PROEMIO

La génesis del presente tomo ha sido larga. Comenzó a finales de los años ochenta y se ha prolongado hasta el verano del 2022, cuando terminé de redactar el último ensayo incluido. La preocupación general que vertebra todos estos ensayos nació cuando llevaba yo casi una década enseñando el *Quijote* en la Universidad de Boston. Mi modo de acercarme a la obra maestra cervantina, tanto en mis clases como en mis incipientes proyectos de investigación, había sido fuertemente influido por las prácticas que presencié por primera vez en las clases de J. Richard Andrews en la Vanderbilt University en el otoño de 1968. Como he señalado en otras partes, Andrews enfatizaba el meticuloso análisis textual, siguiendo las pautas marcadas por la llamada escuela de *close reading* que, tras su lanzamiento por críticos y estudiosos ingleses como I. A. Richards y William Empson, dominaba gran parte de los estudios literarios en los Estados Unidos en las décadas de los cincuenta y sesenta. Entre sus adeptos más importantes figuraban Cleanth Brooks, William K. Wimsatt, John Crowe Ransom, Robert Penn Warren y Allen Tate¹.

En gran medida su enfoque se guiaba por la noción de la “autonomía” del texto literario, cuyo estudio exigía poner de lado toda una serie de factores y preocupaciones tales como la “intención” del autor, la génesis de composición, el contexto sociocultural, la historia de la recepción, etc. El texto (o bien la “obra”) se estudiaba como “objeto estético”, desvinculado de todo lo que lo “rodeaba”, prestando marcada atención a cuestiones formales, estilísticas y

¹ Cabe notar que varios de los mencionados tenían conexiones directas con la Vanderbilt University, habiendo estudiado y/o enseñado ahí. Debo señalar, como nota aparte, que Andrews también fue profesor muy querido de Carroll B. Johnson y Tom Lathrop, quienes estudiaron con él en la U.C.L.A. antes de su llegada a Vanderbilt. Los tres reconocíamos que fue Andrews quien nos lanzó a los caminos del cervantismo.

semánticas, todo con el objetivo de llegar a conclusiones basadas exclusivamente en evidencia textual concreta.

Esta corriente crítica se desarrollaba de forma paralela al formalismo ruso, los aportes de la Escuela de Praga y el incipiente estructuralismo francés, todos los cuales tendían a acercarse (con notables variantes) al texto literario “en sí”, en aislamiento; esto es, como *sistemas* cuyas reglas, cuya manera de funcionar, había que desmenuzar con el cuidado de un muy hábil cirujano. El espíritu que regía muchas de estas corrientes partía, en gran medida, de premisas derivadas de la lingüística.

El mismo Andrews, tras haber estudiado con Américo Castro en Princeton, terminó concentrándose en gran medida en el campo de la lingüística, siendo el autor de una muy importante gramática del *nahuatl* clásico (que también estudié con él, por cierto)². La primera hora de clase que tomé con Andrews fue dedicada exclusivamente al análisis de la primera oración del *Quijote*. El impacto en mí, a los veinte años, fue extraordinario. *Una hora completa para analizar una sola oración...* Y el resto del curso siguió por el estilo: el lento, meticuloso desgranamiento de todos los maravillosos vericuetos del laberinto textual del *Quijote*, con el objetivo de entender el funcionamiento interno de este complejo *sistema* literario, y a partir de ahí, llegar luego a una sólida interpretación de la obra —eso sí, sin mencionar en ningún momento la vida de Cervantes ni otros elementos “externos”. Desde luego que no llegamos al final del *Quijote* en su totalidad; sin embargo, salimos del curso habiendo sido “entrenados” para ser buenos lectores del “texto en sí”.

Al empezar a dar mis propios cursos sobre el *Quijote* en el otoño de 1976, intenté seguir, en gran medida, el camino marcado por mi mentor, si bien habiendo estado expuesto al estructuralismo francés durante un año de estudio en la Universidad Autónoma de Córdoba (Argentina) como becario Fulbright. Hasta el día de hoy, he seguido en la misma línea, aunque influido también por otros enfoques con los que me he ido topando a través de las décadas, incluyendo los que se elaboran en las obras de Mijaíl Bajtín junto con otros acercamientos socioculturales e históricos. Entre ellos, reconozco el profundo impacto en mí de varias corrientes de la crítica literaria marxista (Macherey, Eagleton, Jameson...). En la medida de lo posible, no obstante, siempre me he mantenido plegado, lo más cercanamente posible, al análisis textual en sí. Cualquier aseveración sobre el *Quijote*, hecha por mí o por mis estudiantes, ha tenido que basarse en pasajes concretos del texto³.

² Ver su *Introduction to Classical Nahuatl* (2003).

³ Reconozco, sin rubor, que puede haber incidido en la génesis de esta actitud mi temprana educación luterana. Cualquier aseveración teológica debía de estar bien

Ahora bien, en un determinado momento, tras una década de docencia y de investigación, me empecé a dar cuenta de que todo este esfuerzo “texto-céntrico”, por así decir, terminaba nadando contra la corriente. La razón por la cual se producía esa sensación es que los estudiantes, casi sin excepción, iban llegando a clase con una imagen del *Quijote*, incluso con una *interpretación* de la obra, ya formada —*pero sin haber leído nunca la obra completa*. Es más, muchas veces sin haber leído nunca *ni una sola línea*... Gran parte del curso había que dedicarse al desmantelamiento de estas ideas preconcebidas. ¿Cómo era posible que llegaran con interpretaciones *ya hechas*?

La progresiva toma de conciencia sobre la paradójica condición del *Quijote* como una novela muy conocida e interpretada, pero sin haber sido leída, paulatinamente iba dando lugar a otro momento de iluminación, a saber: que el *Quijote* es *mucho más que un simple “libro”*, que tiene una *“vida” completamente independiente del mundo de las letras en sí*. Esto tiene algo que ver, desde luego, con su condición de “mito”, de “arquetipo universal”, como han sugerido unos cuantos, pero trasciende ese terreno también. En la medida que entraba yo más en el cervantismo, me fui dando cuenta de que el *Quijote* tenía una larga historia de haber sido utilizado en el ámbito de las contiendas políticas y sociales, y no solo en el mundo hispánico. Es más: las lecturas de la obra que impulsaban la apropiación del *Quijote* tenían sus puntos de arranque en posturas ideológicas completamente dispares *si no contrapuestas*. Se explicaba el fenómeno en parte por el capital simbólico-cultural que representa el *Quijote*, particularmente cuando pasó a ser considerado no solo una obra canónica de la literatura universal sino la “Biblia” de la civilización hispánica. Apropiarse de semejante capital cultural era una medida “lógica” para muchas corrientes políticas e ideológicas a través de la Historia moderna, fueran de derecha, de izquierda o del famoso “centro”.

Luego persistía, sin embargo, la gran pregunta: ¿cuál era el elemento o dimensión del *Quijote* que daba lugar a apropiaciones tan diferentes y hasta opuestas? Obras literarias que representan un gran capital sociocultural, hay muchas. Pero son pocas las que acaban suministrando “materia prima” para proyectos sociopolíticos tan divergentes. ¿Qué es lo que hay *“dentro de”* la novela que propicie el afán de utilizarla en esferas ajenas a lo estrictamente literario y qué es lo que está *“dentro de”* ella que genere apropiaciones tan dispares?

Resulta superfluo señalar que variantes de este fenómeno se dan en el proceso de recepción de la literatura en general. Sin embargo, las ramificaciones en el terreno de lo social y de lo político no son tan consecuenciales como lo son en el caso del *Quijote*. Lecturas de *Moby Dick* o de *Fortunata y Jacinta* o

fundamentada sobre pasajes específicos del texto bíblico.

de *Madame Bovary* pueden ser muy divergentes, pero no inciden en la realidad social en la manera en que sí lo hace la obra maestra cervantina.

Estas preocupaciones fueron el punto de partida del primer ensayo que forma parte de esta colección, a saber, “Sobre el destino social del *Quijote*: literatura e interpelación ideológica”. Este fue el comienzo de lo que acabaron siendo casi tres décadas de reflexión sobre el problema de lo que yo llamo el “destino social” de nuestra obra, es decir, la manera en que ha gozado de una “vida social” fuera del ámbito propiamente literario; que ha participado, o bien ha sido *activada*, en áreas y dinámicas que tienen poco o nada que ver con las Musas. Sin proponerme generar todo un libro, iba produciendo, no obstante, estudios y ensayos que giraban, en efecto, alrededor de la problemática general que acabo de perfilar. Dicha problemática iba ensanchándose, adquiriendo diferentes matices y facetas, a través de los años, en parte como efecto de mis propias experiencias y observaciones como investigador y docente. Percibía cada vez más que aquella toma de conciencia inicial tenía implicaciones mayores, más variadas, de lo que yo había sospechado.

Tal vez el mayor salto en mi conceptualización de la problemática se dio a raíz de la celebración del IV centenario de la publicación del *Quijote* en 2005. La manera desmedida, casi orgiástica, en que se conmemoró la efeméride en el mundo hispánico en general, con el epicentro en la propia España, por supuesto, me dejó con la impresión muchísimo más fuerte aún de que el *Quijote* no era simplemente “un libro”; más bien, de que se trataba de algo mucho más trascendente. Pero al observar los cauces por donde se conducían muchos aspectos de la conmemoración, resultaba muy evidente que ese “algo” no se vinculaba tanto con el antes señalado terreno de las contiendas sociopolíticas e ideológicas, sino con el *mundo del negocio*. Percibí una muy ostentosa maniobra de *branding* realizada, de modo conjunto, por el Estado español y por el sector empresarial del país.

La prueba material más dramática de este magno esfuerzo de naturaleza “mixta” fue la concesión de 30 millones de euros por el gobierno del presidente José Luis Rodríguez Zapatero para la conmemoración, la cual fue seguida por la creación de un organismo, también “mixto”, del gobierno de Castilla-La Mancha que promovía las donaciones del sector empresarial para financiar actividades conmemorativas —sí es cierto—, pero también como parte de una campaña para “renovar la marca” de la región: renovación que contribuiría, asimismo, a la “renovación de la marca” de la propia España⁴. Se trataba de utilizar el IV centenario para aprovechar el prestigio universal del *Quijote* para

⁴ Ver, al respecto, el ensayo titulado “De clásico a Biblia, y de Biblia a marca registrada: el largo viaje de *Don Quijote*”, reproducido en este tomo.

infundir de nueva resonancia, de renovada energía, la imagen de la nación española en su totalidad —el crisol del cual salió la “mejor obra literaria de la Historia del planeta”. Invertir tanto dinero en las actividades conmemorativas demostraba que España tomaba en serio su papel de “tierra santa”, lugar de nacimiento de la “Biblia de la hispanidad” pero cuya relevancia le tocaba a la raza humana completa.

En medio de toda esta fanfarria de autoglorificación se notaba, sin embargo, un fenómeno contradictorio en principio, a saber: la falta de énfasis *en la lectura de la obra* que era el motivo, supuestamente, de tanto festejo. Si bien se trataba de levantar la conciencia respecto a la trascendencia del *Quijote*, se hacía sin instar, de modo serio, a la *interacción directa con el texto*. Se cultivaba la absorción de la *quijoticidad*, por así decir, de los profundos valores impartidos por la gran obra, pero sin adentrarse escrupulosamente en *lo que Cervantes escribió...*

Esta tendencia resultaba más fácil, en gran medida, porque ya proliferaban muchas otras formas de “consumir” el *Quijote*, empezando con la abundantísima difusión de plasmaciones visuales de la obra, a saber: en las *miles* de ilustraciones que han acompañado las ediciones impresas desde el propio siglo XVII, en todos los cuadros, estampas, viñetas, esculturas, etc., cuya omnipresencia, en parte gracias a su utilización en el mundo del comercio, ha dado lugar a un fenómeno único, esto es: el hecho de que las figuras de don Quijote y Sancho son inmediatamente reconocibles por millones y millones de personas en el mundo que *no han leído ni una sola línea de la obra* y que en muchos casos *ni siquiera saben leer...*

Esto no ocurre, que yo sepa, con *ningún otro personaje literario* (por lo menos tratándose del Occidente). Tendríamos que pasar al mundo del comercio, de la religión o de la política —Ronald McDonald, Jesucristo, Che Guevara— para encontrar algo equiparable. Esto sucede debido a lo que yo he llamado la “ícono-esfera” que ha surgido en torno a los protagonistas del *Quijote* y algunas de sus aventuras más sonadas (los molinos...). Este fenómeno ha sido reforzado por todas las *adaptaciones* del *Quijote* a otros medios estéticos o expresivos, por ejemplo, el cine, el teatro, las tiras cómicas, la ópera, etc. La imagen de don Quijote y de Sancho Panza ha sido grabada, indeleblemente, en la imaginación colectiva de gran parte de la humanidad, no por la *lectura* de la novela, sino por haber estado expuesta a todas estas otras maneras de acercarse a ella.

El ímpetu inicial nacido en la conmemoración del 2005 se prolongó en el 2015 y en el 2016, teniendo como su justificación la conmemoración del IV centenario de la publicación de la Segunda Parte y de la muerte de Cervantes, respectivamente. Si bien los tiempos eran otros (se trata de la época de una

economía española sufriendo aún por los desastrosos efectos del colapso de la burbuja inmobiliaria entre 2008 y 2013), hubo tentativas de seguir las pautas marcadas por la “gran fiesta” del 2005. Se dieron en otras modalidades, algunas de las cuales se vinculaban, efectivamente, con la idea de *leer* la obra, si bien de maneras que resultan muy problemáticas. Como veremos, se trata del afincamiento de una premisa que cada vez más parece un verdadero *axioma*, a saber: el *Quijote* en su forma original, por su extensión y su lenguaje, resulta “demasiado difícil” para los lectores de hoy, y especialmente para los jóvenes. De cierto modo, operaba como una justificación retroactiva por el hecho de que un porcentaje bajísimo de los españoles (y de los demás integrantes del mundo hispanohablante) habían leído el *Quijote* en su totalidad. Es más, un porcentaje muy alto *nunca había avistado una sola línea de la obra*⁵. Incluso en fechas muy anteriores a las efemérides del 2015 y del 2016 se había intentado “resolver” este problema con la elaboración de versiones condensadas del *Quijote*, y no solo en español.

Un ensayo de esta colección estudia los graves efectos de este “axioma”, tanto en la interacción entre los lectores individuales y el texto como a nivel colectivo. Dos muy sonados intentos de “solucionar el problema” se dieron en el 2015 —la versión condensada realizada por Arturo Pérez-Reverte bajo los auspicios de la Real Academia Española, y, luego, la “traducción” del *Quijote* al español contemporáneo de Andrés Trapiello— y merecen un ensayo aparte⁶.

Con la década y pico de efemérides cervantinas a punto de concluirse se dio lo que en un principio sería la “guinda del pastel” de toda la actividad celebratoria —a saber: el ya mencionado IV centenario de la muerte de Cervantes. La conmemoración tampoco dio como fruto un auge de la lectura de su *magnum opus* sino una gran campaña por encontrar sus restos mortales, ubicados, en teoría, en el Convento de las Trinitarias Descalzas de San Ildefonso en Madrid. Dicha campaña se impulsaba no precisamente por los motivos más sanos, por decirlo así. Se trataba, por un lado, de marcar un “gol de medio campo” en la cancha de la política española. Rescatar, finalmente, los restos mortales del “inmortal autor del *Quijote*” sería un sonado triunfo del político bajo cuya administración se diera el trascendente logro.

En este caso le tocaba a Ana Botella, esposa del expresidente José María Aznar y alcaldesa de Madrid en 2015. La operación forense para ubicar los restos se realizaba como acontecimiento mediático de gran alcance, en parte por

⁵ Remitiré posteriormente a una encuesta del Consejo de Investigación Sociológica (CIS), realizada en 2015, que documenta este fenómeno.

⁶ Ver “¿*Don Quijote* para *dummies*? Reflexiones sobre las adaptaciones de Arturo Pérez-Reverte y de Andrés Trapiello”.

el énfasis puesto en la dimensión científica del esfuerzo. Demostraba este el alto nivel alcanzado por la ciencia ejercida en España. A nadie se le escapaban los posibles *beneficios económicos* que conllevaría el hallazgo, especialmente en el sector turístico. A propósito de estas potenciales ganancias para la ciudad de Madrid, especialmente para el llamado Barrio de las Letras (donde se ubica el famoso convento), se destacaba el provecho sacado por los ingleses, desde hace mucho, de la “tumba de Shakespeare” en Stratford on Avon.

Como se daba la convergencia de las fechas de defunción de los “dos más grandes autores del mundo entero”, se echó una especie de pulso geopolítico-mediático entre España e Inglaterra, comparando los esfuerzos (y fondos públicos) invertidos por ambos países a la hora de conmemorar a los dos gigantes. Como los ingleses habían encontrado los restos del Bardo desde hace mucho, se volvió un “asunto de honor” incluso más apremiante para las autoridades españolas dar con los del Manco antes del aniversario de su muerte. De no lograrlo, los españoles quedarían tachados con el sambenito de siempre —o sea, como unos “vagos” frente a los “laboriosos y emprendedores europeos del Norte”. Ni en la efeméride de la muerte del autor del *Quijote* son capaces de “cerrar el caso”, localizando por lo menos un huesito...

Aquí entramos en un terreno que afecta al consumo de la literatura en general. Por motivos socioculturales complejos, suele pasar que el “gran público lector” se interesa más por la *vida* del autor que por su *obra*. Hay una considerable curiosidad por los vericuetos de su vida íntima, por las tragedias personales que haya pasado, por sus adicciones, sus amoríos, sus inclinaciones sexuales, por sus “musas” (o “musos”), etc. —curiosidad que con frecuencia supera, por mucho, la que se centra en lo que ha escrito... La tendencia es pariente cercano de la fijación obsesiva por las “celebridades” de todo tipo, fijación que solo ha ido en aumento desde el advenimiento del *internet* y las llamadas “redes sociales”. Ha llegado a tanto esta manía que se ha abierto la posibilidad de convertirse en “celebridad” sin haber hecho nada en la vida: los llamados *influencers* en Youtube, Tik Tok, etc., los ciudadanos de a pie que aparecen en *reality shows*, en los programas de juego televisivos, etc.

Si bien hay obvias diferencias cualitativas entre el interés por la vida de las celebridades en su variante “vulgar” y el fenómeno homólogo en el terreno de los grandes (o no tan grandes) autores, también es verdad que parecen nacer de una misma fuente en la psique colectiva humana. Surge con frecuencia un deseo de fisgonear en la “vida de los grandes” en vez de explorar a fondo lo que hayan producido durante esa vida que nos intriga tanto. Y la proyección última de dicho fenómeno es el afán de tener algún *contacto* con dicha gran figura. Lo óptimo es *tocar* a la persona en vida, pero si no se puede, por lo menos acercarse lo más posible a lo que fue su avatar biológico.

Aquí entramos, desde luego, en el terreno de las reliquias religiosas (huesos, prendas de ropa, artículos personales, etc.). Su variante en el terreno completamente seglar: un vestido llevado por Marilyn Monroe, los apretados pantalones de Elvis, la guitarra de Jimi Hendrix, el sombrero de Churchill, etc. En muchos casos, es cuestión solo de acercarse a la tumba de la “gran figura”; esta proximidad “metonímica” le infunde al creyente o admirador con parte del “aura”, digamos, que emana dicha figura.

De ahí la trascendencia de la búsqueda de los huesos del “Manco de Lepanto”. Una vez identificados, los admiradores del *Quijote* podrían acercarse *físicamente* a unos restos materiales de aquel gran genio de la hispanidad, absorbiendo sus “ondas” como ocurre con las venerables reliquias de un santo o una santa. Y lo bueno es que seguramente los “peregrinos” en cuestión gastarán un poco de dinero en la zona inmediata del “santuario”, como lo han hecho sus homólogos durante siglos. Como se verá más adelante⁷, un famoso escritor español, miembro de la RAE, no tiene empacho alguno en realzar los beneficios económicos que se surtirían del hallazgo definitivo de los remanentes mortales cervantinos.

No obstante, en ningún momento se encauza este gran “descubrimiento” hacia la *lectura de la obra* que salió de la pluma manejada por esa mano cuyos restos se encuentran en el sitio en cuestión. (“¡Qué emoción! ¡Aquí está enterrado Cervantes, el Manco de Lepanto! ¡El autor de la mejor novela de todos los tiempos, mijito! Yo no la he leído —te lo confieso— pero dicen que es buenísima... Y ahora, comamos unas tapas aquí al lado. ¿Acaso no tienes hambre?”).

El sujeto evocado en estas últimas líneas casi seguramente se refirió a nuestro autor con el famoso apodo cuando se dirige a su “hijito”. Como he podido constatar durante casi medio siglo, cuando le digo a la gente perteneciente al mundo hispánico que soy cervantista, responden, casi sin excepción, con cierta admiración: “¡Ah, Cervantes! ¡Qué bien!”, y después de una pequeña pausa, y con una risita medio burlona, “¡El Manco de Lepanto!”. La antes comentada fijación en el aspecto biográfico de los autores se extiende muchas veces a rasgos o condiciones físicas, desde los quevedos y cojera de Quevedo, la deformidad de pie zambo de Lord Byron, la condición de tuerto de Camões, hasta la ceguera de Borges y de Milton y la epilepsia de Dostoiévski. En el caso de nuestro autor, la atención se enfoca, desde luego, en su malhadado brazo. La trascendencia de este desperfecto físico es tal que los científicos empeñados en

⁷ Ver “A otro perro con esos huesos: reflexiones sobre el cervantismo osteológico”, ensayo incluido en este volumen.

identificar los restos de Cervantes consideraron como el “Santo Grial” algún hueso que pudiera corresponder al brazo dañado.

Al destacar este detalle que puede parecernos un tanto ridículo, no podemos dejar de preguntarnos, sin embargo, sobre las razones por las cuales este apodo, referente a un *desperfecto físico* de Cervantes, está tan arraigado en la conciencia colectiva del mundo hispanohablante. No hay caso paralelo que yo conozca (nadie habla del “cieguito de Palermo” cuando se refieren a Borges, por ejemplo...). En medio de la fanfarria que rodeaba las efemérides cervantinas en general, y especialmente con relación a la búsqueda de sus restos mortales, no pude resistir la tentación de reflexionar sobre el “por qué” de este apodo y por las implicaciones que llevaba (y lleva). ¿Por qué esta práctica generalizada en el ámbito hispánico de referirse a la más famosa figura de sus letras (y “genio universal”) con este apodo que tiene insoslayables connotaciones despectivas? ¿Qué nos dice sobre la psicología colectiva en que se basa esta práctica? ¿Y no habría, tal vez, una forma de responder creativamente a esta explotación condescendiente de la condición física de nuestro autor? Uno de los ensayos de esta colección responde afirmativamente⁸. Todo esto, desde luego, como parte de nuestras reflexiones sobre el modo en que la vida del autor —y sus percances en el campo de batalla, en este caso— termina por opacar la obra que salió de su cabeza.

* * *

Ahora bien, habiendo perfilado varias de las preocupaciones alrededor de las cuales giran los ensayos de esta colección, debería aclarar el sentido del título que la encabeza. Ya he comentado el concepto del “destino social” de esta obra literaria. La noción de “usos y abusos”, y las distinciones entre los dos, ya puede inferirse, me parece, a la luz de varios de mis comentarios. No obstante, creo que el lector merece una aclaración mayor.

Los *usos* ya han sido comentados en términos generales cuando me referí a las variadas “activaciones productivas” a las que el *Quijote* se ha visto sometido durante la historia —esa tendencia de echar mano a la obra, y el prestigio que la rodea, para servir de “abastecimiento”, de “munition”, en pro de un proyecto ideológico u otro. Esto puede sugerir, casi *a priori*, un juicio de valor negativo: la explotación “oportunistá” de la magna obra cervantina en el “sucio terreno” de las contiendas sociopolíticas en lugar de centrarnos

⁸ Ver “Anatomía de un apodo: el ‘Manco de Lepanto’ ante los estudios de la discapacidad”.

exclusivamente en su trascendente dimensión literaria, humanista, incluso espiritual, de por sí es un acto “sacrílego”.

Conste que *no* estoy adoptando esta actitud. Dependiendo de las proclividades ideológicas de cada lector, semejante utilización “interesada” del *Quijote* puede resultar justificable, como mínimo, y quizá incluso digna de admiración. En cambio, podríamos tachar de “abusos” todas aquellas apropiaciones cuyas directrices van en una dirección que nos parece “nociva” o “dañina”. Admito que mi propia praxis taxonómica no está totalmente exenta de esta tendencia. Encontrar la utilización del *Quijote* por parte de León Felipe en un poema que Che Guevara llevaba en un cuaderno en su mochila cuando lo mataron (sí, en su “quijotada en Bolivia”) o por el Subcomandante Marcos en su utópico proyecto zapatista en Chiapas no me produce rechazo alguno, lo admito⁹. En cambio, cuando veo a Unamuno usando a nuestro caballero andante como herramienta de movilización para las intervenciones imperialistas de España en África, mi reacción es la opuesta¹⁰. Reconozco perfectamente el aprovechamiento “no literario”, tal vez “antiestético”, de nuestra obra maestra en los dos casos, pero no me cae tan mal cuando se trata de causas con las que simpatizo y sí, por lo contrario, cuando se orienta en una dirección que me disgusta.

Es más: no tengo empacho alguno en clasificar como “abuso” todo aquello que acaba explotando el *Quijote* para fines que son, en última instancia, *comerciales* o *económicos* en el sentido más basto. Si se emplea el *Quijote* como forma de *branding* —esto es, para vigorizar la “marca” de España, con fines de potenciar el turismo o el desarrollo económico de cierta región, o incluso de *ciertos pueblos*—, no titubeo —lo confieso— en clasificar la práctica como “abuso”. Y lo hago especialmente cuando noto que dicha utilización del *Quijote* “con fines de lucro” no se traduce, simultáneamente, en un esfuerzo sincero por alentar *la lectura de la obra*, e insisto, *en su totalidad*, no en fragmentos. No disiento del sano deseo de mejorar las condiciones materiales de un país que sigue dependiendo, en gran medida, de la industria turística, o de una región un tanto “olvidada”, pero me rechina a niveles intolerables cuando no detecto, ni al nivel más ínfimo, ninguna estrategia para llevar al público lector a interactuar de manera fructífera con *aquello que escribió nuestro Cervantes*¹¹.

⁹ Ver al respecto “La gran aventura”: Don Quijote, León Felipe, Che Guevara” y “Don Quijote y el intelectual disidente: algunas reflexiones sobre *Don Durito de la Lacandona* del Subcomandante Marcos”, ensayos reproducidos en esta colección.

¹⁰ Ver “Sobre el destino social del *Quijote*...”.

¹¹ “De clásico a Biblia...” y “A otro perro con esos huesos...” son los dos ensayos que se enfocan mayormente en esta problemática.

A la hora de comentar lo que yo clasifico como “abusos”, ya se ha visto que muchos se dan fuera de la academia, pero otros no. El lector verá que hay diversos ensayos de la colección cuyos puntos de partida se concentran no en las prácticas interesadas de entes más bien “legos” sino en las de miembros del propio gremio cervantista y sus sectores aledaños. Aquí se me podría acusar, quizá, de simplemente querer “ajustar cuentas” con interpretaciones del *Quijote* que no concuerdan con las mías. Se trataría, en principio, de simples broncas entre *homines academici* en las que Iffland estaría intentando ponerle un sambenito a algún que otro rival.

Espero no haber incurrido en esta práctica, si bien es cierto que será el lector quien decida. Lo que procuro hacer cuando abordo determinados aportes realizados dentro de la academia es destacar aspectos de su enfoque que cultivan actitudes hacia el texto cervantino que considero mal orientadas, si no abiertamente nocivas. Entre otras cosas, su difusión afecta a muchas de las maneras en que el “lector lego” acaba acercándose a este último. Por ejemplo, ponerse a identificar “científicamente” el “lugar” del que salen don Quijote y Sancho en busca de aventuras, determinando ya de una vez si fue Argamasilla de Alba o Argamasilla de Calatrava o Miguelturra o Tomelloso o... contribuye a la falta de comprensión por parte del público lector de la naturaleza ontológica específica de los textos literarios en general, no solo del *Quijote*.

El modo en que se intenta ubicar el “lugar” puede adquirir una aureola especial si se emplea el famoso enfoque “multidisciplinario” tan de moda en la academia hoy día. En el caso preciso que nos concierne, terminan revelándose todos los problemas que pueden surgir cuando se ponen a trabajar junto estudiosos provenientes de diferentes disciplinas y que, en última instancia, no pueden entenderse entre sí.

Todo el problema de la identificación “científica” del pueblo de don Quijote se complejiza cuando las conclusiones “irrefutables” del equipo interdisciplinario tendrán patentes ramificaciones económicas —esto es, en el área del turismo. Identificar ya de una vez, con una seguridad “garantizada por la ciencia”, el famoso “lugar de la Mancha” no puede sino afectar la dinámica turística del agraciado vencedor de la pugna que provocó Cide Hamete cuando decidió no nombrar el pueblo en cuestión¹².

¹²“Este fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero” (II, 74). El ensayo que explora este tema es “Donde el lugar de la Mancha no está: reflexiones sobre la interdisciplinariedad como diálogo de sordos”.

En otro caso estudiado, se trata de la práctica de algunos estudiosos de insistir en la elaboración de una lectura “en clave” del *Quijote*. Es decir, detrás de las figuras de don Quijote y de Sancho, y de las muchas peripecias de sus aventuras, lo que hace Cervantes es “hablar de otra cosa”, casi siempre porque teme la intervención de la Inquisición o de otras instituciones por el estilo. Se da por sentado que Cervantes es un convencido “disidente” —político, religioso— que tiene que “esconder su mensaje” por temor a las represalias. Para descifrar su “verdadero mensaje” hace falta una habilidad exegética fuera de serie, capaz de ir sacando, poco a poco, las capas de la cebolla, leyendo “entre líneas” con gran perspicacia. Huelga señalar que mientras más escandalosamente disidente u opositor que sea el “verdadero mensaje”, mejor.

En el caso examinado¹³, resulta que Cervantes es un convencido ateo admirador del pensador Giordano Bruno que escribe toda su novela —en clave, claro— como protesta contra la muerte del hereje en la hoguera en 1600. No cabe duda de que se trata de una “bomba mediática”, tal vez mayor que revelar que Cervantes era judaizante convencido o un ex esclavo sexual de su captor en Argel¹⁴. En este caso no trascendió el “escándalo” en los medios informáticos, pero sí tenía todos los elementos para hacerlo¹⁵. El episodio ejemplifica también la tendencia, casi axiomática hoy día, de dar por sentado que Cervantes era una figura contestataria, una figura que (“por supuesto”) estaba en contra del *Establishment* político de su momento, en contra de la Iglesia Católica y su Inquisición, en contra de la política de la expulsión de los moriscos, en contra del imperialismo español en las Américas —y sí, en cambio, a favor de la tolerancia religiosa, de la liberación femenina, etc. O sea, Cervantes como “uno de nosotros” —“progre” o “liberal” o incluso un “posmoderno”.

En esta línea —o sea, la de convertir a Cervantes en “ideal de Ego” de muchos de nosotros— encontramos, asimismo, la difundida tendencia, particularmente en la academia norteamericana, de emplear el estudio de la literatura como una especie de “praxis política” o “social”. Ronda el deseo de convertir nuestro trabajo como estudiosos en algo “relevante”, de transformar

¹³ Ver “Exorcizando la ‘prosa satánica’ de Cervantes (con una apostilla sobre el delirio hermenéutico)”.

¹⁴ Me refiero, respectivamente, a *Escuchar a Cervantes: un ensayo biográfico* de Rosa Rossi, Valladolid, Ámbito, 1987; Óscar Herradón Ameal, *El secreto judío de Cervantes*, Madrid, Espejo de Tinta, 2005; Santiago Trancón, *Huellas judías y leonesas en ‘El Quijote’*: *Redescubrir a Cervantes*, Sevilla, Editorial Punto Rojo, 2014; Leandro Rodríguez, *Don Miguel, judío de Cervantes*, Zamora, Ediciones Monte Casino, 1992.

¹⁵ La razón tal vez sea que el libro salió en inglés. De haberse publicado en español, seguramente los medios se habrían percatado (“¿Cervantes ateo? Así alega un hispanista norteamericano...”, etc.).

lo que hacemos en una “intervención” en el terreno de las luchas sociopolíticas de nuestro momento histórico. Desde el racismo y el sexismo hasta el imperialismo y el capitalismo depredador que destruye nuestro mundo natural: todas las apremiantes causas actuales nos convidan a orientar nuestra labor de tal manera que contribuya a la eliminación de estos males. Si bien los autores y obras sobre los que trabajamos pertenecen a épocas distantes de la Historia, siempre habrá manera de identificar los nexos que los unen a nuestra candente actualidad. La tarea se vuelve un tanto más fácil, desde luego, si el autor es “como nosotros”, con inclinaciones ideológicas y políticas similares a las nuestras —como pasa (“Elementary, my dear Watson...”) con una figura como Cervantes, evidente precursor de todos los movimientos a los que nos adherimos tan fervientemente. Este fenómeno acaba afectando, forzosamente, el modo en que Cervantes y su obra se perciben *fuera de la academia*, con resonancias mediáticas de variada índole (“Esto es lo que dicen los eruditos. Pasan años llegando a estas conclusiones. Casi seguro que tienen razón en lo que dicen ...”)¹⁶.

Hay otras manifestaciones de la tendencia de actividades efectuadas en la academia a pasar a la esfera pública, con resultados variopintos. Ya hemos comentado la propensión de interesarse más por la vida del autor que por lo que escribió, con todos los ribetes de la industrialización de la “celebridad” que caracteriza el día de hoy. Un pariente cercano de este fenómeno es la inclinación de aferrarse a algún que otro “misterio” presente en la trayectoria de dicha vida, preferiblemente si el “misterio” tiene sus raíces en alguna de sus obras (¿Quién es la “Lisi” de los poemas amorosos de Quevedo? Los sonetos amorosos de Shakespeare, ¿están dirigidos a un *hombre*? Los “sonetos al amor oscuro” de Lorca, ¿quién es el destinatario real? Etc.). En el caso de Cervantes, tenemos todo el “misterio” que rodea la identidad verdadera de Avellaneda, autor del llamado “*Quijote* apócrifo”. Es otra típica pregunta que me han hecho los ciudadanos de a pie, medianamente instruidos y que quizá hayan leído el *Quijote* entero (*mirabile dictu...*): “¿Y quién crees que fue? ¿Fue Lope? ¿Tirso de Molina? ¿Jerónimo de Pasamonte? ¡¿El propio Cervantes?!”. Y se vuelve más insistente la pregunta cuando el interlocutor en cuestión sabe que he escrito un libro de 600 páginas sobre el “problema de Avellaneda”.

Se entiende perfectamente bien esta situación a la luz del hecho de que identificar al “Avellaneda auténtico” se ha convertido en el deporte favorito de los propios cervantistas, “profesionales” y *amateurs*, durante siglos ya. Se trata de un auténtico *Whodunit*, una historia detectivesca, especialmente

¹⁶ La problemática evocada aquí es el foco central del ensayo “El cervantismo como praxis social en la era del Neo-Post: ¿nos estamos engañando?”.

porque Avellaneda se empaqueta como el “villano” cuyo siniestro propósito era hacer un terrible daño al pobre “Manco de Lepanto”. Este mismo tiene parte de la culpa por el eventual florecimiento del *Whodunit* porque se negó a revelar la identidad del malhechor, sembrando algún que otro indicio de que sí sabía quién era.

Nadie, por supuesto, se toma el trabajo de leer el *Segundo tomo* avellanadiano (si no van a leer las 900 páginas de la novela cervantina, ¿por qué se leerán la continuación “apócrifa”...?). Pero, claro, la comidilla es irresistible para cierto sector del público. Y de vez en cuando, un concienzudo estudioso lanza la gran noticia de que ha resuelto el “misterio” definitivamente, señalando con el dedo a Mengano o a Zutano, con repercusiones en las páginas culturales de algún que otro periódico solvente (por lo menos en el ámbito hispánico). Semejante gesto suscita, desde luego, la refutación airada de los paladines de otras hipótesis. Sus propias reputaciones como los Sherlock Holmes de la filología han quedado lisiadas como consecuencia de la propuesta de un nuevo “culpable”.

Huelga señalar que solo era cuestión de tiempo para que un novelista “con carne” se ocupara de escribir una novela detectivesca, de toda regla, centrándose en el “caso de Avellaneda”. Un ensayo del presente tomo analiza la obra en cuestión para mostrar cómo el “deporte favorito” de un sector importante del gremio cervantista acaba generando ramificaciones en el medio sociocultural en que circula la obra maestra cervantina¹⁷. Una de dichas ramificaciones es la de impulsar la tendencia a preocuparse más por la “captura del reo” que por comprender *qué es lo que hizo* el “reo” en las páginas que escribió. ¿Se trata exclusivamente de un intento de dañar económicamente al pobre Manco (como el mismo Avellaneda dice en su prólogo)? ¿Se trata solo de vengarse por los insultos contra Lope y otros que Cervantes sembró en el *Quijote* de 1605? ¿No tendría, tal vez, la intención de reencauzar las directrices ideológicas inmanentes de esta novela?

La distracción que representa el esfuerzo por identificar al “culpable” también nos aparta de algo mucho más significativo, creo yo, como lo es examinar, y *apreciar*, la genial estrategia que lleva a cabo Cervantes para vengarse *literariamente* contra Avellaneda en su propia Segunda Parte. Dicha estrategia es una que abre muchas puertas para el futuro de la ficción en prosa, incluyendo la reacción contra el modelo de la novela moderna realista que en principio *él mismo ha fundado* (como han mostrado críticos como Robert Alter y Luis

¹⁷ Se trata de “*Ladrones de tinta: el misterio de Avellaneda como whodunit*”.

Gómez Canseco)¹⁸. Este síndrome detectivesco acaba alejando, una vez más, al público lector de *la lectura de la obra cervantina*, llevándolo, más bien, hacia asuntos colaterales, extraliterarios —en este caso, todo el “morbo” que rodea la identificación del “malo de la película”. Saber exactamente quién fue Avellaneda, sí; ver qué escribió, exactamente, y cómo Cervantes lo confrontó en *las líneas de su propia obra*, no...

Desde el ámbito de los estudios literarios a nivel universitario pueden surgir esfuerzos por incidir directamente en la esfera pública. Ya hemos aludido a este fenómeno con respecto a un ensayo sobre el esfuerzo por ver a Cervantes como “contemporáneo nuestro”, con cosas relevantes que decir sobre los álgidos temas sociales y políticos que nos preocupan tanto a nosotros. En otro ensayo analizo un intento muy distinto por intervenir en la dinámica sociopolítica actual, en este caso específico, el de los Estados Unidos. El tema del llamado *Spanglish* ha sido muy debatido desde hace varias décadas ya. Se trata, pues, de la supuesta fusión, o hibridización, del español y el inglés que se ha dado a partir del creciente número de hispanohablantes en el país norteamericano, constituyendo un altísimo porcentaje de su población (alrededor del 20 % según algunos cálculos). Los hispanoparlantes en cuestión van desde los descendientes directos de los mexicanos cuyas tierras fueron invadidas y anexionadas por el “coloso del Norte” entre 1846 y 1848¹⁹, hasta los puertorriqueños, cuya isla también fue anexionada como consecuencia de la guerra (en este caso, con España en 1898) y a quienes se les impuso la ciudadanía estadounidense en 1917, pasando, por supuesto, por los inmigrantes, legales e “ilegales”, que han llegado en oleadas cada vez más grandes en épocas recientes²⁰.

Gran parte de esta población con raíces hispánicas sigue fielmente adherida al uso del español, si bien es verdad que la mayoría también domina el inglés (esta es la primera lengua en el caso de los más jóvenes). La fidelidad a la “lengua de Cervantes” les ha cosechado severas críticas de diversos sectores de la ciudadanía norteamericana, los cuales consideran el español como “lengua extranjera” cuyo empleo no debería “invadir” el ámbito público con tanta frecuencia. La reacción “nativista” va desde agresiones físicas hasta todas las iniciativas de “English only” y la eliminación de programas de educación

¹⁸ Ver *Partial Magic: The Novel as a Self-Conscious Genre* (1975) del estudioso norteamericano y la introducción a Alonso Fernández de Avellaneda, *Segundo tomo del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (2014) del distinguido filólogo español.

¹⁹ Se trata de los estados de Texas, California, Arizona, Nuevo México, Nevada, Utah y parte de Oklahoma.

²⁰ Muchos provienen de países que también han sido objeto de la intervención militar de los Estados Unidos en tiempos no tan remotos (me refiero, por ejemplo, a la guerra civil de El Salvador entre 1980 y 1992).

bilingüe. Aunque se gastan millones en la enseñanza del español como “lengua extranjera” en las escuelas y en las universidades, el empleo del español por hispanohablantes nativos (o semi-nativos) en el trabajo y en la esfera recreativa —restaurantes, bares, parques públicos, etc.— se percibe como una “agresión” contra la “esencia” de la nación, la cual, “por definición”, se comunica en inglés.

Ahora bien, como resultado de la interacción del español y el inglés en los Estados Unidos se ha manifestado una natural tendencia no solo hacia el *code-switching* —o sea, el salto de una lengua a otra en medio de una conversación— sino de ir fundiendo las dos lenguas en el mismo enunciado, usando, por ejemplo, anglicismos (“palabras prestadas”) con la pronunciación cambiada. Esta práctica (que no es un caso único en la historia humana...) ha dado lugar a la acuñación del término *Spanglish* —o sea, la fusión de *Spanish* e *English*. En muchas esferas sociales, el término lleva connotaciones plenamente negativas: los padres que son hispanohablantes nativos se desesperan al escuchar a sus hijos expresarse con este vehículo lingüístico híbrido (“bastardizado”...) en vez de hablar en “español puro” o “correcto”; el profesor de literatura española que se subleva al escuchar a un alumno *nuyorqueño* hablar sobre un soneto de Garcilaso en lo que aquel tacha de *Spanglish*; el ejecutivo argentino que necesita empleados completamente bilingües en Miami para desarrollar su negocio pan-latinoamericano y casi se desmaya al ver cómo escribe y habla el muchacho cubano-americano.

Pese a la atmósfera generalmente negativa que rodea el fenómeno del llamado *Spanglish*, hay sectores socioculturales estadounidenses que han querido *reivindicarlo*, afirmando, incluso, que se trata del surgimiento no de un simple “dialecto” sino de una auténtica “nueva lengua”, la cual ha de ser no simplemente tolerada, sino *respetada* como todas las demás. Y no solo respetada sino *celebrada*. Desde cierto ángulo, se puede percibir esta tendencia como una forma de “resistencia” no únicamente contra el vector racista, xenófobo, en los Estados Unidos, sino contra los persistentes vestigios del imperialismo español y su deseo de imponer un “castellano puro”, “castizo”, en los latinoamericanos en general, incluyendo los millones que viven en los Estados Unidos (el estereotipado “malo de la película”: ese profesor universitario, nacido en Asturias o en Navarra, que mira con sorna a sus estudiantes chicanos, dominicano-americanos, etc. cuando expresan sus opiniones sobre la causa de la locura de don Quijote...).

Como parte de esta campaña para reivindicar el *Spanglish* como un proyecto ideológico-cultural, un conocido catedrático estadounidense (nacido en la Ciudad de México) publicó un muy sonado libro titulado *Spanglish: The Making of a New American Language* (Stavans: 2004). Ahí elabora su argumento

en pro del *Spanglish*, vistiéndolo con un ropaje “académico” si bien dirigiéndose también a un público más amplio. Como polémico signo de exclamación para dicho argumento, el autor incluye su “traducción” al *Spanglish* del primer capítulo del *Quijote*, gesto que, en efecto, suscitó una fuerte reacción adversa en muchos círculos, especialmente en España. Escoger el primer capítulo de la “Biblia hispánica” como su ejercicio de “traducción” fue una decisión motivada por el obvio deseo de ganar la mayor cantidad de publicidad posible (aunque fuera negativa... “There’s no such thing as bad publicity”, como reza el *eslogan* de P. T. Barnum, el gran empresario circense ...).

En el ensayo recogido en este tomo²¹ intento someter a un serio análisis crítico no solo este esfuerzo por reivindicar el llamado *Spanglish*, sino la estrategia de emplear el *Quijote* como el texto-conejo-de-Indias para sostener su argumento. “Traducir” al *Spanglish* el primer capítulo de *La Regenta* o *Cien años de soledad* es una cosa; hacerlo con el *Quijote*, en cambio, es otra muy diferente.

* * *

La gran mayoría de los ensayos que siguen ya han sido publicados en distintos foros durante las últimas tres décadas y pico. La decisión de reunirlos ahora en un solo tomo podría parecer un simple gesto de vanidad por mi parte, una especie de “adiós a las armas” en vísperas de mi jubilación. Respondiendo a esta potencial reacción, diría que es motivada, más bien, por una auténtica preocupación por el futuro no solamente de los estudios cervantinos sino de las humanidades en general. A nivel mundial, el estudio de las humanidades está perdiendo terreno frente a los campos de la ciencia, ingeniería y tecnología o bien las carreras “prácticas” (la administración empresarial, comunicaciones, etc.). Las humanidades van buscando desesperadamente maneras de justificar su existencia, mostrando en la medida de lo posible su “utilidad” en el sentido más concreto posible. Alternativamente, se procura poner de relieve su “relevancia” para nuestro mundo contemporáneo, mostrando cómo ayudan a entender lo que está sucediendo a nuestro alrededor y a “resolver los graves problemas” que nos confrontan en nuestra actualidad.

En el caso de los estudios propiamente literarios, un resultado de esta tendencia generalizada es dejar de lado, ya de una vez, la “literaturidad de la

²¹ Ver “In un placete de La Mancha of which nombre no quiero remembrearme”: Anatomía sociopolítica de una causa célebre cervantina”.

literatura”²², o sea, su especificidad como esfera de nuestra creatividad expresiva como seres humanos, como plasmación única de nuestra “condición humana” en el sentido más literal.

Como parte de una estrategia para contrarrestar estas tendencias generalizadas, me parece que los que nos dedicamos al estudio y a la enseñanza de los textos literarios tenemos que estar muy atentos al *medio sociocultural real* en el cual circulan dichos textos y en el cual desarrollamos nuestra vocación profesional. Gran parte del tenor de estos ensayos sobre los “usos y abusos” del *Quijote* llevarán a muchos de mis colegas a pensar que lo mejor es guardar una postura defensiva, no prestando atención al “mundanal ruido” y acicalando, más bien, nuestra destreza en el arte de analizar e interpretar la literatura del modo más sofisticado posible.

Mi respuesta a este planteamiento sería contundentemente negativa: no podemos permitirnos el lujo de encerrarnos en nuestra “Torre de Marfil”, en nuestros cómodos claustros, pensando, cual monjes en la Edad Oscura, que nuestra labor va a salvaguardar los estudios literarios de los embates de los “bárbaros” que circulan en el páramo cultural del mundo de hoy.

Si dar nuestra espalda al tempestuoso mar que amenaza con hundir nuestro frágil barco no es la solución, tampoco lo es la reacción opuesta: abandonar la especificidad de nuestro quehacer como estudiosos literarios, haciendo caso omiso de la “literaturidad” de la literatura y buscando modos de “hacer relevante” lo que hacemos, zambulléndonos, por ejemplo, en las llamadas “guerras culturales” en la defensa de nuestra causa favorita. Es decir, ver el texto literario simplemente como pretexto para hablar del sexismo, del racismo, de la xenofobia, de la homofobia, de la explotación imperialista, etc., etc. *Podemos abordar todos estos álgidos temas*, pero siempre con la máxima atención prestada a la *especificidad del objeto estético* mediante el cual todas estas legítimas preocupaciones sociopolíticas se manifiestan. Y sí, podemos tomar en cuenta el modo en que la literatura puede cultivar, reforzar, etc., los diversos males que estamos tratando de eliminar en nuestro presente histórico, pero no obviando la *condición estética* de estas expresiones verbales que investigamos y estudiamos. Dedicarnos, por ejemplo, exclusivamente a mostrar la intrínseca misoginia de muchos textos medievales —escritos, sí, por *hombres* para mayor

²² El concepto de la “literaturidad” fue introducido en gran parte por los formalistas rusos (Roman Jakobson, entre otros) a principios del siglo XX. Según ellos, el estudio científico de la literatura debía de centrarse en las complejas cualidades intrínsecas del texto literario (*literaturnost* en ruso) que lo distinguen del texto no-literario. El concepto fue muy influyente posteriormente en el desarrollo de los planteamientos teóricos de la Escuela de Praga y del estructuralismo francés.

inri ...—, sin tomar en cuenta los *sistemas literarios* a través de los cuales se plasma dicha misoginia, es llevar a nuestros estudiantes a pensar que el texto en cuestión es simplemente una especie de “documento” como cualquier otro.

También me parece parte importante de la experiencia educativa de nuestros estudiantes hacerles ver que, aunque mucha gran literatura sustenta valores con los que estamos (*justificadamente*) en desacuerdo, lo hace manifestando creatividad, manejando el lenguaje de un modo que podemos apreciar —pese al “lado negativo” del mensaje a cuyo servicio está. Estudiar un soneto misógino de Quevedo, por ejemplo, solo para mostrar que es misógino en vez de mirar también la genialidad de su lenguaje, de sus maravillosos conceptos, a través los cuales se expresa esa misoginia, es *perjudicar a los estudiantes* en última instancia. Entre otras cosas, acaba por reforzar la noción de que un gran escritor es, por definición, una “gran persona”: a saber, una que comparte nuestros valores plenamente —capaz, apriorísticamente, de esquivar todo aquel bagaje sociocultural que nos parece repugnante hoy día.

En el caso del *Quijote* y su peculiar *status* dentro la cultura hispánica, parte del problema que estoy abordando tiene que ver con la necesidad de tomar muy en cuenta la *situación real* en que la obra “vive” y circula. A la hora de enseñarla, es preciso estar muy conscientes de las distintas influencias ideológicas y factores históricos a los que ha estado expuesta *antes de que los estudiantes aparezcan en nuestras aulas*. Llegan con esquemas mentales preestablecidos, llegan con una visión que es producto de la acumulación de “activaciones productivas”²³ de todo tipo —un texto “siempre ya leído” en el sentido ya explicado. No sucede lo mismo con *Fortunata y Jacinta*; no sucede lo mismo con el *Cantar de Mio Cid* o *La Celestina* o *El buscón*; tampoco, por cierto, con *Pedro Páramo* o *Rayuela* o *La casa de los espíritus*. Si vamos a llevar a cabo nuestra tarea *bien*, debemos estar ya muy conscientes del *territorio real* en que estamos operando, territorio cuya orografía ha sido afectada por todos los “usos y abusos” a los que el texto ha estado sometido y que van a incidir, forzosamente, en cómo los estudiantes lo van a procesar.

Y si como cervantistas tuviéramos la oportunidad (poco frecuente, ya lo sé, pero no imposible) de interactuar con el “gran público” con respecto al *Quijote*, la conciencia del tipo de *software cultural*²⁴ con la que llega es incluso

²³ El concepto de la “activación productiva” del texto literario se explica en “Sobre el destino social ...”, primer ensayo de esta colección. Se emplea en lugar de “recepción” para poner de relieve el papel *activo* del lector en su interacción con el texto. O sea, no solo “recibe” pasivamente el texto sino que lo “activa” de acuerdo a la dinámica que se da en el acto de la lectura.

²⁴ El concepto de *software cultural* es una alternativa desarrollada por J. M. Balkin (1998) para complementar, ampliar y matizar el de “ideología” tal como se viene

más crucial. No es cuestión de realzar nuestra condición de “expertos” —de hacerle pensar que “nosotros sí sabemos y ustedes no”— sino de saber navegar hábilmente con la clase de conceptos, de interpretaciones, de “ideas a medias” desde las que nos van a escuchar, preguntar, opinar, etc. No entran como *tabulae rasae* sino con preconceptos ya arraigados y sí, repito, *sin haber leído la obra*, tal vez ni siquiera algunas páginas.

Cuando reflexiono sobre este conjunto de ensayos producidos a través de los años para ver si puedo identificar la fuerza motriz principal para su composición, he llegado a la conclusión de que se trata de un anhelo de que la gente simplemente *lea la obra —en su totalidad*: no en fragmentos, no a base de imágenes gráficas, no a base de versiones cinematográficas, etc. Y cuando lean la obra completa, deberían intentar leer lo que figura ahí materializado en tinta y papel²⁵, despojándose en la medida de lo posible de todo el bagaje que hayan podido acumular como resultado de ese “destino social” que rodea el *Quijote*, todas aquellas capas de mediación que se le han ido sedimentando en el medio ambiente sociocultural a través de los siglos. Pueden llegar a la interpretación que quieran, y seguiremos disputando el “sentido verdadero” de la novela sin ponernos de acuerdo nunca de modo definitivo. Pero, por favor, que surja ese caldero de efervescencia dialéctica a base de un *nivel adecuado de atención al texto en sí*, no de una vaga mezcla de impresiones sacadas por medio de todas las otras maneras de “consumir” el texto.

A la hora de comprometerse con el texto mismo con una actitud mínimamente responsable, el lector debería hacerlo con una edición *que no lleve ilustraciones*. El lector llegará a las palabras impresas *ya influido* por la icono-esfera que lo rodea, llegará con una concretización visual de los protagonistas y de muchos de los episodios, pero durante su lectura no debería encontrarse cada “x” páginas con una representación gráfica de la escena en cuestión, aunque se trate de una realizada por artistas de la talla de un Dalí o de un Doré. Como arguyo en un ensayo que no había comentado aún²⁶, estas ilustraciones ya llevan en sí una *interpretación* de la obra, la cual tendrá, por fuerza, sus propias valencias ideológicas que no pueden sino incidir en la interpretación que desarrolle nuestro lector.

utilizando durante mucho tiempo. Se basa en la distinción en la informática entre el *hardware* de la computadora y su *software*. Todos los seres humanos tenemos el mismo *hardware* —esto es, nuestro cerebro en términos biológicos— pero este opera a base del *software cultural* que le es introducido por la sociedad en la que el individuo viva.

²⁵ Le ahorro al lector mi arenga en contra de la lectura de obras literarias en la pantalla y no en el papel.

²⁶ Me refiero a “Ver para creer: la retórica de la ilustración gráfica en la historia de *Don Quijote*”.

Todo esto puede sonarle a más de uno como pataletas de un “filólogo agua-fiestas” que no quiere que los lectores se diviertan durante su interacción con el texto. El mismo señor que habla con cierta sorna de la tendencia a considerar el *Quijote* como “Biblia” ahora nos pide una actitud reverente, con ribetes de puritanismo, al acercarse a nuestro famoso loco y su escudero tonto.

Tengo que aclarar que se trata, más bien, *de todo lo contrario*. Quiero que el lector se divierta, que se ría, y bueno, que desarrolle, de paso, toda una filosofía de la vida si se siente inclinado a hacerlo. Estoy convencido, no obstante, de que esto sucederá a un nivel más potente a partir de una *lectura medianamente concienzuda* de la obra *en su totalidad*, y ni siquiera en una edición anotada si al lector no le da la gana. Estoy procurando ayudar a cultivar una actitud de “hedonismo ilustrado”, si se me permite: a saber, la capacidad de *disfrutar* de la obra, de reírse todo lo que se quiera, pero a partir de una *interacción mínimamente atenta, responsable*, con el texto que escribió Cervantes, no contentándose con revolver un cajón de sastre de lugares comunes, de superficiales resúmenes encontrados en línea, de imágenes plásticas que abundan por ahí, etc. No es cuestión de estar adorando a un Cervantes colocado sobre un pedestal como una especie de semidios de las letras. Nos puede dar igual la vida de Cervantes; nos pueden importar un pepino su manquedad, sus años de cautiverio, etc. Pero, por favor, *leamos bien lo que escribió*, llegando a la interpretación que queramos.

Implícito en este planteamiento es una rogativa especial, una enfática *imploración*, dirigida a todos mis colegas en el gremio cervantista: por favor, no sucumbamos a la tentación de optar por cursos sobre el *Quijote* que incluyan las versiones filmicas. Con cada vez más insistencia, escuchamos comentarios como los siguientes: “A nuestros estudiantes les gusta lo visual —son muy sofisticados en ese terreno”. “Los cursos de cine, o que incluyan por lo menos algunas películas, son más populares que los que se centran solo en los textos literarios”. “Tenemos que hacer cursos multimedia, sin tanta literatura...”. Etcétera.

Esta tendencia es más prevalente en mi país que en muchos otros, donde todavía se considera que los estudios de la literatura deberían centrarse en —sí— la literatura... No obstante, por lo que colijo de mis conversaciones con colegas en otras partes del mundo, en sus países también han empezado a cundir actitudes por el estilo. Es decir, el estudio de la literatura de un modo parecido al que se practicaba hasta hace poco se encuentra cada vez más “contra las cuerdas”, en parte a causa de los mismos fenómenos notados en el caso de los Estados Unidos.

Desde mi punto de vista, seguir interiorizando estas actitudes derrotistas conllevará a una profecía autorrealizadora. Es decir, seguir presos del miedo,

retrocediendo cada vez más frente al desastre que se acerca, desembocará en el cumplimiento de todas nuestras fantasías apocalípticas. Conste que esta situación tiene ramificaciones mucho más allá de la academia: si el sector profesional que se dedica al estudio literario se da vencido en la lucha por mantener el respeto por los textos escritos, por cultivar un amor por la *palabra* utilizada en medios artísticos (novelas, cuentos, poemas...) y no solo en contratos empresariales, en reportajes periodísticos sobre la guerra o acto “terrorista” del día, no puede sino debilitar la situación de la literatura en el ámbito social mayor (“Pues sí, miremos Netflix esta noche. ¿Por qué vamos a gastarnos más la vista leyendo *Cien años de soledad*? Es muy larga esta novela —ni siquiera la estudian en la universidad ya. Esperemos hasta que se haga una película...”)). Aunque tal vez no sea la analogía más adecuada, cuando los generales y coroneles y capitanes empiezan a rendirse, ¿cómo van a reaccionar los soldados rasos...?

Para iniciar una contraofensiva en esta lucha me parece necesario adoptar una estrategia justamente contraria a la que está proliferando en gran parte del mundo académico actual. Es decir, deberíamos *volver* a las modalidades del estudio y enseñanza de la literatura que primaban durante muchas décadas (¿siglos?) anteriores, las que, mal que bien, intentaban centrarse en la “literaridad de la literatura” —es decir, en la *especificidad* de la expresión literaria frente a todas las otras modalidades lingüísticas que utilizamos. No estoy abogando a favor de un acercamiento metodológico específico sino de un énfasis en el simple análisis textual, en el esfuerzo hermenéutico que parta de las palabras encontradas en la página, en una tentativa de entender un poco mejor el *sistema literario* tal como se manifiesta en *cualquier obra* que leamos.

El espíritu de la praxis a la que me refiero permea muchas corrientes de la crítica literaria del último siglo y pico, y claro, goza de diversos antecedentes históricos, remontando hasta la Antigüedad clásica (sin ir más lejos, la *Poética* de Aristóteles...). El *close reading*, el formalismo ruso, el estructuralismo francés (e incluso el posestructuralismo en diferentes variantes —la desconstrucción derridiana, por ejemplo), la semiótica... —todos convergen en prestar la máxima atención posible al texto escrito, en su rica dimensión semántica, en su manejo hábil de la palabra, en la forma que se organizan los textos, sean de ficción en prosa o sean poemas. Como encontramos en muchos ejemplos de la filología tradicional europea, reconstruir el significado de los vocablos en su contexto histórico preciso es otra dimensión del proyecto que estoy evocando. Y desde luego, hablar del contexto histórico en el que se elaboró el texto en cuestión es una parte necesaria también, *pero siempre con el ancla textual* presente en lo que hacemos. Todo lo que afirmemos sobre una obra determinada se debe reforzar con evidencia precisa. Esta actitud tiene que ser infundida en

nuestros estudiantes, en sus hábitos de lectura, en su forma de abordar el campo de la producción literaria en general.

* * *

Como he señalado anteriormente, los textos reunidos en este tomo han ido surgiendo a través de los años, siempre enfocados en una misma serie de preocupaciones. Han aparecido en revistas filológicas, actas, *festschriften* y tomos colectivos. Los textos inéditos, en su mayoría, han sido redactados inicialmente como conferencias invitadas. Se ha dado así el proceso de elaboración así debido a la dinámica profesional que muchos conocemos (peticiones e invitaciones de colegas amigos, participación en simposios y congresos organizados para marcar efemérides, etc.). Como estuve dedicado simultáneamente a un extenso estudio monográfico²⁷, me resultaba más factible confeccionar este libro de esta manera. Me daba pena realizarlo porque me di cuenta de que su posible impacto iba a ser menor²⁸, pero no había otra opción. Aunque quizá tampoco ahora tengan ese deseado impacto que yo hubiera querido generar *in illo tempore*, por lo menos circularán los textos entre las tapas de un solo tomo gracias al gentil apoyo del Instituto Universitario de Investigación en Estudios Medievales y del Siglo de Oro “Miguel de Cervantes”.

He retocado muchos de ellos, procurando borrar huellas (no todas) de su publicación circunstancial. Asimismo, tomé la decisión de no actualizar, en la mayoría de los casos, la bibliografía crítica que había utilizado en las versiones originales. Se podría acusarme de simple pereza al no hacer un *aggiornamento* exhaustivo del aparato crítico —acusación que entendería perfectamente. He querido dejarlos esencialmente intactos, sin embargo, para dar constancia del contexto concreto en que brotaron estos textos. Cada uno refleja la coyuntura de mi carrera en que se engendraron. Es un solo proyecto unitario, pero se fue “pariendo” —repito— según las exigencias del momento.

Y para acabar, debo afirmar que este proyecto unitario es inspirado, sí, por el *amor*: esto es, el *amor* por una obra literaria que ha sido una *fuerza de contenido* —intelectual, vivencial, espiritual— durante la mayor parte de mi vida, desde ese momento en que pasé toda una hora de clase explorando las complejas delicias de su primera oración con mi mentor Richard Andrews, a cuya memoria dedico esta colección. Una novela que a través de medio siglo me ha

²⁷ Se trata de *Para llegar a Roque Dalton: pequeños infiernos y otros paraísos (estudio político-poético)* (2023).

²⁸ Es así en parte porque, lamentablemente, textos publicados en actas y *festschriften* acaban “enterrados en vida”, por así decir.